

Bogotá, agosto 17 de 2026

Carta a la comunidad consciente de la Facultad de Artes:

¿Por qué insistir?

Hoy estoy presentándome nuevamente como candidato a la decanatura de la Facultad de Artes. Después de casi dos años en la decanatura, *Volver a lo esencial* sigue siendo hoy necesario, pero las circunstancias son todavía más difíciles. En 2024, podíamos soñar con un cambio. Hoy las fuerzas de la oscuridad se han acentuado en todos los niveles, al punto de que las grandes causas parecieran presentarse al nivel de la pura sobrevivencia.

Los problemas de la Universidad Nacional y la Facultad de Artes siguen estando insuficientemente diagnosticados porque en principio no se reconoce que los más estructurales están relacionados con una crisis pedagógica. La fragilidad de la condición docente es un problema ignorado por la mayoría y los problemas del estudiantado también.

Volviendo al origen, en tiempos de academicismo hay que recuperar el sentido profundo de la academia, en tiempos de historicismo hay que rescatar la esencia de la historia, en tiempos de economicismo es necesario reencontrar la cuestión real de la economía.

En tiempos del fanatismo religioso, es necesario volver a la teología.

*El jugador que sin duda alguna ganará, será esa otra marioneta llamada «materialismo histórico». No tendrá ningún adversario que temer si cuenta con los servicios de la teología, esa vieja arrugada y de mala fama que seguramente no tiene nada mejor que hacer que esconderse donde nadie la sospeche.<sup>1</sup>*

Escribía Walter Benjamin, el gran filósofo de la historia del siglo XX.

He creído comprender algunas pequeñas cosas de mis lecturas sobre la teología: una, que ella nos lleva a considerar críticamente las maneras como nos relacionamos con lo desconocido. La vida no es comprensible en su totalidad, ni el mundo, ni el Otro<sup>2</sup>, de ahí se desprende la ética de la vida, que parte de cómo actuamos con lo que no conocemos, lo que no entendemos, lo que no podemos siquiera nombrar. Por eso desconfío tanto de los pensamientos autoritarios que pretenden tener la respuesta a todas las cuestiones, conocen todas las definiciones y saben positivamente cuál es el proceder *correcto*.

Otra enseñanza, es que la pregunta que inaugura la teología es ¿por qué existe la maldad?

Hay preguntas que atraviesan en general la vida humana, la política y, en particular la institución educativa. ¿Por qué y para qué educarnos? ¿Qué sentido tiene la educación y la institución universitaria en tiempos de una guerra global que ha desatado todas las fuerzas de la maldad desde el nivel global hasta el local? ¿Puede el sector Educación explicarnos eso? ¿Pueden nuestras pequeñas acciones remediar algo?

---

<sup>1</sup> Walter Benjamín, *Écrits français* 'sobre el concepto de historia' Tesis 1, biblioteca de las ideas ediciones ediciones Gallimard.

<sup>2</sup> *Otro* con mayúscula, en el sentido Lyotard cuando habla de la alteridad, de *la diferencia*.

Kant nos habla de la disciplina como la vía de construcción de lo humano. La universidad es el sitio específico de las disciplinas. Cuando vemos el desastre que nos rodea<sup>3</sup>, tenemos la duda legítima de si verdaderamente hay un proyecto en la historia, si podrá de verdad haber un final feliz; como cuando una persona honradamente creyente se pregunta ante la masacre de niños si de verdad dios existe y si hay un propósito para la vida.

Precisamente, nos encontramos en la institución del conocimiento y es el lugar donde resuenan con más decibeles estas preguntas aturdidoras. Institucionalizar no es solamente llenar de normas, requisitos y correquisitos como lo pretende el academicismo; institucionalizar es también intentar poner en armonía todos nuestros recursos humanos para mejorar nuestra comprensión del mundo y, con ello, sanar nuestra relación con él y con la vida, como lo han pretendido originalmente todos los sistemas de cultivo del conocimiento, antes de que muchos se hubieran convertido en dogmas vacíos de sentido.

Llevado por estas idealistas ideas me presenté hace dos años a su consideración. Hoy podría prácticamente presentar el mismo programa. Tantas cosas han pasado y tan poco hemos avanzado en la construcción de unos propósitos, de los cuales el primero sigue siendo el mismo: fortalecer las nociones de comunidad.

Sin duda, sí hemos logrado algo, a pesar de estar atravesando el que puede ser el momento más difícil de la Universidad Nacional en toda su historia. Logros como el de que, al comienzo de esta decanatura, la facultad presentaba un déficit de más de mil millones de pesos; finalizando 2025 ese déficit había sido superado; con cuidado, con austeridad, con honradez. Y, por otro lado, creo que hemos demostrado que podemos ser cuidadosos mutuamente, que hay otras formas de pensarnos y de actuar en un panorama respetuoso y decente. Y, en particular, cuidadosos con nuestro estudiantado, que es la sal de la tierra.

Pero las circunstancias externas se han vuelto rápida y progresivamente hostiles. La situación del mundo, del país, de la universidad, ha empeorado sustancialmente y el futuro inmediato muestra el aumento de la oscuridad.

“Nadie más que los hombres mismos puede hacer mejor este mundo y darle un sentido más profundo”, dice Norbert Elias<sup>4</sup>, pues “solamente los seres humanos —y, hasta donde sabemos, solamente los humanos— son los únicos constructores de sentido en el mundo”. Pero ese enorme potencial tiene un contrapeso: una gran capacidad para generar barbarie, y las fuerzas empeñadas en eso han retornado con una instigación y una sevicia inusitadas, con deseos de venganza. En estas condiciones, sólo nos queda recogernos, reencontrarnos, cuidarnos mutuamente, cultivar en conjunto (no puede ser de otra forma, no hay salvaciones individuales) lo mejor de nuestro trabajo y ofrecerlo a nuestro presente y a las generaciones que vienen. Dialogar desde nuestro trabajo, que es lo mejor que tenemos para ofrecer.

Soy, como muchos de mi edad, parte de una generación de la que fuimos los primeros en llegar a la universidad. Crecimos oyendo a nuestros padres que sus esfuerzos, incluso sacrificios, tenían sentido porque garantizaban que pudiéramos tener acceso a la educación.

---

<sup>3</sup> “Allí donde a nuestros ojos parece escalonarse una sucesión de acontecimientos, ante su mirada [del Ángel de la Historia] solo se presenta uno: una catástrofe sin variaciones ni tregua...” Benjamin, tesis IX, *Sobre el concepto de historia*.

<sup>4</sup> “¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el futuro?”, en *Figuraciones en proceso*.

Hoy nos corresponde luchar hasta donde sea posible porque nuestra juventud pueda tener una educación decente, que no se limite a una formación para el trabajo global.

Antes de graduarme en el pregrado de Artes Plásticas (1982) ya había decidido que mi mejor obra artística debería ser pedagógica. En 1995, como profesor de planta (en el escalón más bajo de la jerarquía y la dedicación más baja), me vinculé a un proyecto de actualización docente, directamente relacionado con la Constitución de 1991, de manera que llevo treinta años de estudio sobre la educación artística, la escuela de Artes plásticas, la Facultad de Artes y la Universidad Nacional; eso me da un conocimiento y una comprensión política que he puesto al servicio del fortalecimiento de la Facultad, en el contexto interno con su comunidad y, en el exterior, tratando de situar de manera más estructural e integral las artes en el modelo universitario actual para que sea realmente integral.

Pero eso no es trabajo de una persona, es tarea de una comunidad y seguimos siendo una comunidad fragmentada, dolida, desconfiada y ensimismada, con una gran dificultad para comprender y realizar un proyecto común (no homogeneizante ni unánime, pero sí conjunto) y, sin el compromiso colectivo, seguiremos teniendo decanaturas que tengan logros parciales, muy limitados y frágiles, sin poder proyectar esa tremenda energía, ese profundo talento, esa riqueza de lenguajes y esa honradez intelectual que provee la práctica sincera de las artes, que exige comprender que el autoconocimiento no es posible sin el conocimiento externo y el cambio en el mundo no es posible sin el cambio personal, de manera que la autoconsciencia es consciencia social.

Por eso es necesario seguir insistiendo; porque hay que seguir resistiendo, porque tenemos algo esencial entre las manos y un enorme compromiso con el futuro y todas las formas de vida. No me presento como una figura carismática, ni como un administrador eficiente, sino como un profesor artista que tiene un proyecto honrado de facultad, de universidad y de vida colectiva para seguir con su apoyo en la lucha por lo que vale la pena, a pesar de la oscuridad de los tiempos.

Las circunstancias son adversas, mucho. Creo tener el conocimiento suficiente, la claridad política y el temple espiritual que se requiere. Tenemos un proyecto en marcha, que se ha cultivado con amor, dedicación y lucidez. Estoy construyendo un documento muy sereno y realista que estará divulgando por entregas parciales para que nadie se equivoque respecto del planteamiento que propongo. La primera parte es esta carta que marca un primer tono: el de mi admirado amigo y maestro José Gregorio Rodríguez, que nos decía: el problema de la Universidad no es de gestión, es de sentido; yo lo actualizo así: una facultad no necesita un gerente, necesita un **decano**: un profesor consciente que tenga un proyecto realista y estético de Facultad y de Universidad para los tiempos que corren.

Las cosas pueden ser distintas, la Universidad se puede pensar de otras maneras; más que un cargo administrativo, la decanatura es un cargo político, con un sentido de política que podría expresarse así: la manera en que los seres humanos construimos y transformamos nuestra vida en común, en condiciones de diferencia, interdependencia, conflicto y relaciones de poder, haciéndonos responsables de las consecuencias que nuestras decisiones tienen sobre la vida de los demás.

Respetuosamente,

**Miguel Huertas**

Artista - profesor